

EL CAZADOR DE IMÁGENES

De HISTORIAS NATURALES de Jules Renard.

SALTA del lecho muy temprano y no sale si no siente su espíritu sereno, su corazón puro, su cuerpo ligero como un traje de estfo. No lleva provisiones. Beberá de camino el aire fresco y aspirará olores saludables. Deja sus armas en casa y se contenta con abrir los ojos. Los ojos sirven de redes en donde las imágenes se aprisionan por sí solas.

La primera que él cautiva es la del camino que muestra sus huesos, —guijarros pulidos— y sus carriles—venas abiertas—entre dos setos ricos en ciueles silvestres y moras.

Toma luego la imagen del río que blanquea en los recodos y duerme bajo la caricia de los sauces; brilla cuando un pez muestra su vientre, como si se arrojará una pieza de plata, y, apenas cae una garúa, el río se eriza, se le pone carne de gallina.

Levanta la imagen de inquietos trigales, de alfalfas apetitosas y de praderas ribeteadas de arroyos. Se apodera al pasar del vuelo de una alondra o de un jilguero.

Después entra en el bosque. No se sabía dotado de sentidos tan delicados. Impregnado en seguida de perfumes, no pierde ningún sordo rumor, y, para comunicarse con los árboles, sus nervios se ligan a las nervaduras de las hojas. Luego, vibrando hasta el malestar, percibe demasiado, fermenta, tiene miedo, abandona el bosque y sigue de lejos los campesinos fundidores que vuelven al pueblecillo.

Una vez fuera, mira por un momento, hasta el punto que su vista se deslumbra, el sol que se acuesta y se quita sobre el horizonte sus vestidos luminosos, sus nubes esparcidas en confusión.

Por fin, ya en su casa, la cabeza llena, extingue su lámpara y largamente, antes de dormirse, se complace en contar sus imágenes.

Dóciles, renacen a la voluntad del recuerdo. Cada una, despierta otra, y sin cesar su tropa fosforescente se aumenta con las recién llegadas, como las perdices que perseguidas y separadas todo el día, cantan en la tarde al abrigo del peligro, y se llaman en las cavidades de los surcos.

LA GALLINA

CON las patas juntas, salta del gallinero, apenas se le abre la puerta.

Es una gallina común, modestamente adornada y que nunca pone huevos de oro.

Deslumbrada por el sol, da algunos pasos, indecisa, en el patio.

Ve primero el montón de cenizas en que todas las mañanas tiene la costumbre de holgarse.

Allí se revuelca, se hunde, y, con una viva agitación de alas, las plumas hinchadas, sacude sus pulgas de la noche.

Luego va a beber en el plato hondo, colmado por el último aguacero.

No bebe sino agua.

Bebe a traguitos y levanta el cuello, en equilibrio sobre el borde del plato.

Luego busca su alimento aquí y allá.

Las hierbas finas son para ella, y los insectos y los granos perdidos.

Pica, pica, infatigable.

De tiempo en tiempo se detiene.

Derecha, bajo su gorro frigio, el ojo vivo, el buche presuntuoso, escucha con uno u otro oído.

Y segura de que no hay nada nuevo, se pone otra vez a buscar.

Levanta alto sus patas rígidas como las de los gotosos. Separa los dedos y los posa con precaución, sin miedo.

Se diría que va descalza.

PATOS

LA hembra va a la cabeza, cojeando de las dos patas, a chapotear en el barreal que ella conoce.

El pato la sigue. El también cojea de las dos patas, los extremos de las alas cruzadas sobre su espalda.

Y pata y pato, marchan taciturnos como a una cita de negocios.

La pata se deja deslizar, la primera, en el agua enlodada en la cual flotan plumas, estiércol, una hoja de viña o paja. Casi ha desaparecido.

Espera. Está lista.

Y el pato entra a su vez. Sumerge sus ricos colores. No se ve sino su cabeza verde o el roba-corazones del trasero. Los dos se encuentran bien allí. El agua se calienta. Nunca se vacía y no se renueva sino los días de tormenta.

El pato, con su pico aplastado, mordisquea y oprime la nuca de la pata. Por un instante él se agita y el agua es tan espesa que apenas se estremece. Y pronto calmada, lisa, refleja, en negro, un rincón de cielo puro.

El pato y la pata no se mueven. El sol los cocina y los adormece. Se puede pasar cerca de ellos sin verlos. No se denuncian sino por las raras burbujas de aire que revientan sobre el agua encharcada.

CHOMPIPES

1

SE pavonea en medio del patio, como si viviese bajo el antiguo régimen. Las otras aves de corral, no hacen sino comer siempre, no importa qué. Él, en cambio, entre sus comidas ordinarias, no se preocupa sino por lucir. Todas sus plumas están almidonadas y las puntas de sus alas rayan el suelo como para trazar la ruta que sigue: es por allí que él se adelanta y no por otra parte. Se infla tanto que nunca ve sus patas.

No teme a nadie, y, cuando me aproximo, se imagina que deseo rendirle homenaje.

Ya gluglutea de orgullo.

—Notable pavo— le digo— si fueseis un ganso, escribiría vuestro elogio, como lo hizo Buffon, con una de vuestras plumas. Pero no sois sino un pavo.

He debido vejarlo, pues la sangre le sube a la cabeza. Racimos de cólera penden de su pico. Tiene una crisis de rojo. Hace restallar de un golpe seco el abanico de su cola y este viejo impertinente me vuelve la espalda.

2

HE aquí, sobre el camino, la pensión uniformada de los pavos.

Cada día se pasean, sea cual fuere el tiempo que haga.

No temen ni la lluvia: nadie se remanga mejor que un pavo; ni el sol: un chompipe no sale jamás sin sombrilla.

EL PAVO REAL

VA a casarse hoy seguramente.

Debía haber sido ayer. En traje de gala, él estaba listo. No esperaba sino su prometida. No llegó. No puede tardar. Glorioso se pasea con un aire de príncipe indio y lleva consigo sus ricos presentes. El amor aviva el brillo de sus colores y su penacho tiembla como una lira. La prometida no llega.

Sube a lo más alto del techo y mira del lado del sol. Lanza su grito diabólico:

—¡León! ¡león!

Es así como llama a su novia. No mira venir nada y nadie le responde. La volatería acostumbrada, ni siquiera levanta la cabeza. Está cansada de admirar. Desciende al patio, tan seguro de ser bello que es incapaz de rencor.

Sus bodas serán para mañana.

Y, no sabiendo que hacer del resto de la tarde, se dirige hacia la gradería. Sube las gradas, como si fueran las gradas de un templo, con un paso oficial.

Recoge su traje de cola cargada de

ojos que no han podido desprenderse de ella.

Repite una vez más la ceremonia.

LA MUERTE DE MORENILLA

FELIPE que me despierta, me dice se ha levantado en la noche para vigilarla y que ella tenía la respiración tranquila.

Pero, desde esta mañana lo tiene inquieto. Le da heno seco y no le hace caso.

Le ofrece un poco de hierba fresca, y Morenilla, de ordinario tan golosa, apenas la toca. No mira a su ternero y soporta de mala gana los golpes que le da con la nariz cuando se levanta sobre sus patas rígidas para mamar.

Felipe los separa y amarra al becerro lejos de la madre. Morenilla parece no haberlo notado.

La inquietud de Felipe se nos contagia. Hasta los niños quieren levantarse.

El veterinario llega, examina a Morenilla y la hace salir de la cuadra. Ella se golpea en la pared y choca contra el umbral de la puerta. Caerá; es preciso volver a entrarla.

—Está muy enferma, dice el veterinario.

No osamos preguntarle lo que tiene.

Teme una fiebre de leche, a menudo fatal, sobre todo en las buenas lecheras, y mientras recuerda uno por uno los casos de aquellas que creía perdidas y que él ha salvado, unta con un pincel, sobre los riñones de Morenilla, el líquido de un frasco.

—Hará el efecto de un vejigatorio —dice.—Ignoro la composición exacta. Esto viene de París. Si el mal no llega al cerebro, saldrá de él sola, si no em-

plearé el método del agua helada. Esto asombra a los campesinos sencillos, pero yo sé a quien hablo.

—Hacedlo, señor.

Morenilla, echada sobre la paja, puede aun soportar el peso de su cabeza. Cesa de rumiar. Parece retener la respiración para darse mejor cuenta de lo que pasa en su interior.

Se la envuelve en una cobertura de lana, porque los cuernos y las orejas se enfrían.

—Hasta que las orejas caigan, dice Felipe, hay esperanza.

Dos veces trata de pararse. Respira fuerte a intervalos cada vez más largos.

Y he aquí que deja caer la cabeza sobre su flanco izquierdo.

—Esto va mal—dice Felipe, en cuchillas y murmura zalamerías.

La cabeza se levanta y cae sobre el pesebre, tan pesadamente que el choque sordo nos hace exclamar: ¡Oh!

Rodeamos a Morenilla de paja para que no se maltrate.

Tiende el cuello y las patas, se estira en toda su longitud, como en el prado, en tiempo de tormenta.

El veterinario se decide a sangrarla. No se aproxima mucho. Sabe tanto como cualquier otro, mas, pasa por menos atrevido.

A los primeros golpes del mazo, la lanceta resbala sobre la vena. Después un golpe más seguro y la sangre salta al cubo de estaño que ordinariamente se llena de leche hasta el borde.

Para contener el chorro, el veterinario pone en la vena un gancho de acero.

Así aliviada, aplicamos un paño mojado en agua de pozo, desde el frente hasta la cola, y lo renovamos

frecuentemente porque enseguida se calienta. No se estremece siquiera. Felipe la sostiene firme por los cuernos e impide que la cabeza golpee el flanco izquierdo. Morenilla, como amansada, no se mueve. No se sabe si va mejor o si su estado se agrava.

Estamos tristes, pero la tristeza de Felipe es taciturna, semejante a la de un animal que viese sufrir a otro.

Su mujer le trae la sopa de la mañana, que come sentado en un banquillo, sin apetito, y que no termina.

—Es el fin—dice,—Morenilla se hincha.

Primero dudamos, pero Felipe ha dicho la verdad. Se infla, a la simple vista, y no se desinfla, como si el aire entrado no pudiese salir.

La mujer de Felipe interroga:

—¿Está muerta?

—¡No lo ves! contesta Felipe duramente.

La mujer de Felipe sale al patio.

—No será pronto que yo vaya a buscar otra,—dice Felipe.

—¿Otra qué?

—Otra Morenilla.

—Iréis cuando yo quiera,—replicó con un acento de amo que me admira.

Tratamos de hacernos creer que el accidente nos irrita más bien que nos apena, y así decimos que Morenilla ha muerto.

Pero en la tarde, encuentro al campanero de la iglesia y no sé lo que me ha detenido para decirle:

—Un momento, aquí tienes cien sueldos y ve a doblar por alguien que ha muerto en mi casa.

(Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO por Carmen Lira. París. Otoño de 1920).

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial, **EL LABERINTO**

trar esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—José M^o Calvo y Cía. «La Gloria».—Ismael Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Manuel Vargas C., (Mercado).—Jaime Vargas C., (Mercado).—Tobías Solera y Cía., (Mercado).—Antonio Alán y Cía.—Colegio de A. Vargas, (Mercado).—Enrique Vargas C., (Mercado).—E. Sión.—Colegio de Señoritas.—Etc., etc, Guevara y Cía. «La Buena Sombra» y «La Perla».—Domingo

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos su productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.